

DESCARGAS
CARLOS LECHUGA

Descarga 1

No es fácil. No es nada fácil. Ya tengo una edad en la que no soy una joven promesa, hice dos películas y ninguna de las dos es *El ciudadano Kane* ni *La ciénaga*. La mayoría de los fondos y los concursos son para los jóvenes directores que están preparando sus óperas primas o sus segundas películas. La gente del cine y la industria, los que toman las decisiones, todo el tiempo están esperando descubrir al nuevo Reygadas, o ansían ver un cambio de estilo como en Jon Favreau. Pero qué voy a hacer yo, un cubano ahí de treinta y seis años, con dos películas que ni siquiera se han visto mucho en mi país, con un divorcio a costas y viviendo en casa de mi madre, en mi cuarto lleno de juguetes. No tengo un trabajo fijo y la calle esta cara, pero caaaaara. No vivo en un país donde mientras se levanta una película uno puede hacer publicidad, o alguna serie de televisión interesante. Si con mi primera película la hubiera tirado duro, duro, pero duro, una onda como *The tribe* o *Get Out*, ahora estaría mucho mejor y sería mucho más fácil conseguir plata para filmar. Nunca se me metió en la cabeza irme del país, agarrar un avión y llegar a Los Ángeles, nunca tuve los cojones de ir a bailar a casa del trompo. A veces amo con ganas de hacer una película de vampiros y otras con ganas de hacer un video experimental de dos minutos. ¿Pero dónde se ven los videos experimentales de dos minutos? ¿Dónde lo meto? En fin, no soy de los que le ha ido peor, pero podría estar mejor.

Como todo el mundo. Cuando tenía veinte años y estaba con muchas ganas de hacer una película, nunca leí este tipo de descarga y creo que por eso lo hago también. Además de para soltar algunas cositas, a lo mejor esto le sirve de ayuda a algún joven que ande por ahí, sin dinero como yo, pero con muchas más ganas, esas ganas que da la juventud, de tirarla duro, pero duro, duro, como *Sin aliento*.

El tema, si es que llego a un tema, ya que no soy escritor, es: los directores de cine jóvenes frente a los directores de cine mayores de sesenta años. Cuando uno tiene esta necesidad, y no puede vivir ni hacer

nada sin pensar en hacer cine, uno es capaz de lo que sea. Y en este mundo a veces los directores, cuando cumplimos determinada edad, nos podemos sentir amenazados por los directores más jóvenes. Hablo desde mis sensaciones. Cuando tenía veintiséis años... Una pausa, para los que no conocen cómo funciona la cosa, para los que no son Orson (hasta para Orson era del carajo), los directores con nuestros productores muchas veces tenemos que ir a concursos, talleres, reuniones de industria para contar nuestra historia, reunirnos y conseguir nuestra plata. Entonces, con veintiséis años tuve la suerte de ir a México a una serie de reuniones para conseguir dinero para *Melaza*. En el salón de las reuniones estábamos un grupo de imberbes, éramos como veinte, pero también, para mi sorpresa, estaba un realizador más viejo que, con la mayor dignidad del mundo, se paró delante de todos e hizo su *pitch*. Luego se retiró de la sala, un poco desesperanzado, al ver como el jurado, gente con menos carrera y mucho más joven que él, lo miraba. Ese señor era Paul Leduc. Qué entereza. La sensación agrídulce me invadió: de madre que después de hacer *Frida: naturaleza viva* uno no tenga una manera más rápida de conseguir dinero para lograr los sueños que uno tiene. No sé la historia de vida de Paul Leduc, alguien me contó una vez que en un momento dejó el cine y se montó un restaurante, pero bueno, evidentemente, su deseo de contar sus sueños era aún fuerte, latía, y tenía que pasar por el aro como todo el mundo. Está duro tener que enfrentarse a una sala de gente joven, pero también, qué potencia tenía este tipo de seguir luchando por sus sueños.

Yo no sé si cuando yo tenga sesenta tenga la fuerza para eso. Con treinta y seis a veces me despierto con ganas de tirar la toalla. Imagínate tú. Para acabar rápido este cuento, más nunca vi a Leduc, el premio por supuesto se lo dieron a un joven. Una vez, en un bar, un respetado guionista español de setenta años me miró como si yo fuera el enemigo y me dijo: «Los jóvenes vienen a por nosotros los viejos, pero da igual, yo me voy a una montaña con

mi rifle y voy a por todos. A mí no me mata nadie». Me quedé pensando: coño, qué rico sería un mundo donde hubiera para todos, para que todos, viejos y jóvenes, pudiéramos filmar. Cuando uno es joven puede llegar a ser un poco soberbio. Esa soberbia muchas veces es mala, pero otras veces ayuda a hacer las películas. Ojalá yo, a esta altura del juego, tuviera la misma fuerza que tenía con veintiocho.

Hace par de años, aún no sé cómo, por las cosas raras de la vida, terminamos mi exesposa y productora, Claudia, y yo, en una playa griega llena de millonarios con varios tipos y tipas fuertes del cine del mundo mundial. Ahí los dos únicos latinoamericanos éramos dos cubanitos, y el resto de la gente era: Ira Sachs, Julie Delpy, Abel Ferrara, Lisa Cholodenko, Ruben Östlund, Jeff Nichols, que es un grande, los representantes de grandes estrellas, la guionista griega y productora de *Canino*, Michael H. Weber, en fin... **La crema...** Y por cosas de la vida, o me lo imagino yo, entre Abel Ferrara y yo hubo un momento.

No era la primera vez que veía al señor Ferrara. Unos meses antes, en el festival de Toronto, me lo había cruzado en una farmacia, flaco, viejo y cabizbajo. Estaba buscando una medicina. A un tipo tan grande lo vi tan pequeño que mi soberbia juvenil me permitió sentir pena por él por unos minutos.

Bueno, la cosa es que íbamos a estar una semana en el mismo edificio y en la misma playa con Abel Ferrara, su joven esposa y el niño o niña pequeño. Desde el primer encuentro con el grupo, la gente, los «durakos» de verdad, no sé por qué, se mantenían un poco alejados de él.

Abel, que no sabe quién soy yo, pero me sale ahora decirle Abel, se percató de que en todo el grupo el único que lo miraba con admiración era yo. Entonces, como lobo viejo, me vino arriba y en un inglés ronco y musical me dijo: «*Hi, guys, I'm Abel*». Estaba viejo, encorvado, flaco, feo. Este genio, además de ser un genio, imagínense las drogas, fiestas, mujeres, fumadera, alcohol, todo por lo que ha pasado. Y después de saludar se fue por ahí

con los millonarios a luchar. Estaba como yo. En la lucha del baro para la próxima peli. Desde ese momento algo feo surgió en mi interior. Me da hasta pena decirlo, pero era algo así como una sensación de que a mí a esa edad me iba a ir mejor. Qué recomendierda el cubanito. Por supuesto que no me iba a ir mejor, no de viejo. Ya no me iba mejor. Ya no había hecho las peliculonas que había tirado el loco este. Y en vez de verlo como a un compañero de lucha, como a un igual, en el mejor sentido de la palabra, me había puesto de gallito a juzgarlo.

Hoy me siento como el culo, porque la vida te pone en tu lugar, y realmente creo que en el fondo escribo esto para que nosotros, los que estamos en este mismo barco, que no podemos dejar de pensar en el cine 24 por 24, deberíamos tratarnos mejor. Deberíamos querernos más.

En fin, que no hay salida digna en envejecer en el negocio.

Envejecer está del carajo. Estar luchando para conseguir el dinero para la próxima película, con los achaques de la edad, acostumbrándote a hacer un *pitch* frente a gente más joven. Compitiendo con jóvenes promesas. Los dolores del cuerpo. Problemas en los dientes. La próstata. Los *pitch*.

Al otro día en la tarde me fui a la playa, el agua estaba fría y éramos pocos. Aquello parecía el final de *Muerte en Venecia*, el Sol poniéndose, las olas tocando la arena, y ese genio, encorvado, canoso, seguía con trabajo a su bebé de dos o tres años, que corría de allá para acá con una vitalidad imposible.

Mientras tanto, su mujer, una rubia lolita, que tenía cuarenta años menos que su esposo, no paraba de estirarse y acomodarse su bañador ante los ojos de los fortachones salvavidas.

Aquella imagen contenía una verdad que todavía no logro desentrañar. No sé por qué en vez de verlo como la simple imagen de una familia feliz y realizada, para mí era una muestra de algo más.

Él se veía un poco resignado. Ya no era ese loco vivaracho que se drogaba, flirteaba, y tenía el mundo a sus pies.



Ni siquiera sé por qué escribo sobre el señor Ferrara, un hombre al que no conozco, que en un sentido no está nada mal, y que a fin de cuentas ha podido hacer grandes películas.

Mi punto es que está del carajo ser un caballo como Ferrara y tener que, con avanzada edad, seguir bailando, bromeando, chisteando en frente de la gente de dinero (casi siempre, gente más joven), para poder conseguir el presupuesto para la próxima obra.

Es más tiempo el que se invierte buscando la plata, que el tiempo en que estás haciendo la película. Neumonía, cojera, insomnio, pero hay que seguir luchando.

La esposa de Abel, la lolita, todo el tiempo estaba hablando con un salvavidas fuerte, musculoso. Y nuestro genio, solo, a cada rato dejaba el niño a salvo y se ponía a coger un descanso. Mirando al horizonte. No sé qué pensaba. ¿Pensaba en Claudia Schiffer? ¿En Dennis Hopper?

Una vez más, la juventud, la arrogancia del salvavidas, que ni sabía quién era este viejo, y así y todo flirteaba con su mujer.

Una vez más los jóvenes jodiendo a los viejos. ¿O era la vida jodiendo a los viejos? Quise acercarme y decirle algo. Pero la regla en estos casos es no molestarse. ¿Esto le pasaba por estar con una mujer más joven? ¿Por haber vivido mucho? ¿Al ser un gran director de cine se merecía una vida mejor que el resto de los mortales? ¿Más respeto? ¿Yo era un comemierda? En fin, muchas preguntas en mi cabeza.

De todo esto lo que saco ahora, a las puertas de mis cuarenta y sin saber si voy a volver a filmar, es que lo único que uno puede hacer en esta vida es ser humilde. Muy humilde y esperar lo mejor.

No quiero, cuando tenga sesenta, tener que subirme a una loma con un rifle para acabar con los jóvenes. No quiero a los setenta tener una novia de treinta, deseada por todos, y tener que estar en esa lucha. Sí me gustaría tener una peli como *The Addiction*. Ni siquiera sé si hay un problema entre jóvenes y viejos, o es solo esta industria que funcio-

na para los jóvenes, porque se supone que después de dos películas ya los directores la van a tener más fácil para seguir y aumentar la filmografía.

Lo que sí sé es que yo de joven era más soberbio y ahora la vida me está poniendo en mi lugar. Intentar ser humilde, serlo, es algo sabroso. Está bien. No sé si Paul Leduc pudo hacer su película. No sé si Abel si- gue con la misma chica. Lo que sí sé es que ninguno de esos monstruos se interesó por mí ni por mis proyectos. Para ellos, nosotros, los dos cubanitos, éramos un *rara avis*, nos miraban raro, nos pregun- taban como si quisieran saber, y cuando íbamos a responder, se perdían sin mostrar ningún interés.

Solo espero tener fuerza para, a los sesenta años, poder seguir pidiendo por ahí dinero para mis pe- lículas, lo mismo delante de un grupo de jóvenes, que de un grupo de millonarios. No sé si llegue. Solo trato de no parar de trabajar y esperar, con humildad. Pero no es fácil. No es nada fácil.

En caso de que, con el tiempo, no logre crecer en mi filmografía, no logre aprender (ya que para apren- der hay que filmar mucho), sí sé que habré aprendi- do a ser más humilde.

Bueno, si sirvió de algo esta muelita, esperen mi segunda descarga.

Afectuosamente... Carlitos.



Carlos Lechuga (La Habana, 1983)
Guionista y realizador. Su primer largometraje como director, *Melaza*, estrenado internacionalmente en el Festival de Cine de Rotterdam, obtuvo premios como mejor película latinoamericana en el Festival de Cine de Málaga, y el Newcomer of the Year, galardón principal del Festival Internacional de Mannheim-Heidelberg. Santa y Andrés, su segunda película como guionista-director, tuvo su premier mundial en el Festival de Cine de Toronto, su estreno europeo en el Festival de San Sebastián y tuvo una carrera por